



El canuto de la modestia

—Pero, hombre, esto es ya intolerable—gritaba el tío Lucas, puesto en jarras, plantado en medio del umbral de su casa.

En la puerta se habían reunido, y estaban sentados en cerro varios vecinos, que vueltos del trabajo, solían detenerse un rato para informarse de las últimas noticias de la política, mientras se lavaban la cara con una sandía, pagada a escote.

El tío Lucas era el relativo de aquel círculo de amigos, el órgano de información del vecindario, por que sabía leer, aunque con tropezones.

—Pero, ¿no veis eso?—continuaba exasperado el relativo.

Todos miraron hacia donde señalaba Lucas. Por la acera de enfrente paseaban en aquellos momentos tres mocitas del otro barrio de los ricos, con su traje liviano en el doble sentido, falto de tela en el escote y en el ruedo de la falda.

—Y ¿cómo distinguiremos a esas chicas honradas de las... otras? Voto al chépero verde.

—Es la moda, Lucas.
—Maldita sea. Y así las veis, a las sin vergüenza, con los brazos desnudos como si acabaran de fregar las ollas.

—No tienen trazas de fregonas, porque sus remos parecen flautas y las manos no son para la escoba.

—Que se les ocurra a mis hijas cortarse las mangas, y no serán flojos los pellizcos y las bofetadas.

—Pues escríbele a Primo de Rivera.
—Si no estuviera tan ocupado en ascender a los meritos.

—Ten paciencia hasta que pase la moda; que será pronto.

—Y otra barbaridad más, el pelito hasta el cogote, y el cogote afeitado como un tecino difunto.

—No te exasperes, Lucas, que no lo has de remediar.

—¿Que no? Mañana mismo.
Se acabaron la sandía y las noticias con sus comentaries, y cada mochuelo se fué a su olive.

II

A la mañana siguiente, muy temprano, salió Lucas al corralillo de su casa con varios canutos de caña, cortados de varias escobas viejas. Luego les acomodó unos tapones. Sus manos curtidas anduvieron de caza un buen rato en los avisperos de las paredes y en los racimos de la parr familiar. La cosecha fué espléndida. Tres canutos llenó de avispas rojas, que al ser metidas en el recipiente, zumbaban y golpeaban las paredes de los canutos.

—Y ahora a misa—dijo ditzbólicamente.

Era domingo y se fué a la parroquia.

Con la perversa intención de un diable auténtico, se instaló donde más muchachas había. Era un tablero de carnicería, lleno de carne blanca. Brazos y cuellos y un poco más, todo estaba a la vista, porque el tul transparente ocultaba mal aquella exposición provocativa.

Del bolsillo interior de la chaqueta sacó Lucas el canuto número uno, y puestas las manos debajo de un banco, destapó la asimada cartuchera. Las avispas salieron zumbando, y se desplegaron en guerrilla por sobre las cabezas de las expositoras. Gritos al principio contenidos, manotajes, esguinces y algua ¡ay! al sentirse picadas, perturbaron la casa de Dios; y el mismo señor cura, al decir *Dominus vobiscum* se dió cuenta de la inquietud de sus feligrésas, que se revolían y manoteaban como en caza de mariposas. Hubo desmayos y patatuses y algunas salieron del

lugar santo como diablos salpicados de agua bendita.

La salida del templo fué estrepitosa. Las avispas volaron en torno de la gente, y los gritos y las mal'iciones al mal intencionado, llegaban a los oídos del Mefistófeles, quien sonreía cazarraamente.

—¿Quién habrá sido?
Y Lucas, con la cara más impávida que tenía para los esos como este, añadió:

—Algún bribón de zastre que quiere poner más tela en los escotes y en los ruedos.

III

El tranvía estaba parado en la plaza y Lucas subió. Subieron también algunas muchachas, y al sentarse, se destecaron los tules, y aparecieron de nuevo los escotes irreverentes.

Y sacó nuestro héroe el canuto número dos. Otra vez, y con mayor rabia, por el largo encierro, salieron los bichos y se repartieron por el vehículo. El alboroto fué mayor que en la iglesia. Paró el coche y se abrieron todas las ventanas. Manoteaba la gente, gritaban las chicas y Lucas se dedicó a cazar avispas con el sombrero.

—¿Qué hace el gobernador?—decía una vieja.

—Señores, enseñen las manos—voceaba el cobrador, mientras dos niñas se rascaban el pelado cogote, herido por el aguijón de los bichos.

Acudió la pareja de la esquina, atraída por el alboroto.

Lucas temeroso de un cacheo, dejó caer el canuto y se bajó protestando contra aquella broma de mal género.

IV

Se volvió a casa riéndose como un tonto.

Llegó la tarde y se fué al cine, después de proveerse de nuevas municiones. Se apagaron las luces para

proyectar la cinta anunciada, y el maligno desenfundó el canuto número tres, y sacudió los malditos espermigos de la carne blanca. Zumbaban los bichos en la oscuridad, y al monótono ruido del motor de la máquina proyectora se juntó el mosconeo de las avispas, que danzaban en el cono de luz hasta que se orientaron, y cayeron sobre los espectadores. Se oyeron toda clase de jaculatorias. Nadie atendía a la pantalla.

—¡Luz... luz...! gritaba el público el operador de la casilla. Los que recibían algún a quilonazo, pusieron el grito en el techo. La confusión fué enorme. Los dientes de Lucas brillaban en la oscuridad, como los del moro de Venecia.

Se suspendió la proyección y se prendieron las lamparillas, que muy pronto quedaron rodeadas por el vuelo loco de los himenópteros. Dos guardias entraron en el local. Todos los hombres y los chiquillos fueron apartados para el cacheo. Lucas se aturdió de modo que se olvidó de arrojar un canuto de reserva. Hallado el cuerpo del delito, Lucas entre los dos polizontes fué llevado a la prevención.

Y ante el juez de guardia, que le interrogaba sin poder contener la risa, dijo el tío Lucas:

—Si señor... Es el único remedio contra la moda indecente. Cada uno de ustedes debiera llevar un canuto de la modestia. Y en los teatros y en las iglesias había de haber un criadero para acabar con tanta inmundicia.

Y como el juez opinaba con el tío Lucas; y por no estar previsto en el código este delito, fué multado con dos pesetas por haber perturbado el orden.

Pedro de Arlanza.

No queráis atesorar...

Las gentes se afanan por las riquezas. Hasta los refranes, que tanta filosofía popular encierran nos hablan del oro: Así dicen: «Tanto tienes, tanto vales». «Poderoso caballero es Don dinero», etc., etc.

Por eso se mueven los hombres en el comercio, en la banca, en la industria: Buscan oro, mucho oro; ser ricos, muy ricos.

Los mismos conflictos sociales reconocen muchas veces su origen en el ansia de oro.

Y las guerras son por el oro.

Unos por ampliar su comercio e invadir con sus mercancías nuevos mercados; otros por defenderse de la invasión vana a la lucha y se matan enrojeciendo con su sangre la tierra.

¡Es el oro, el maldito oro!

Jesucristo ya maldijo las riquezas diciendo que es más difícil a un rico entrar en el Reino de los cielos que a un camello pasar por el ojo de una aguja.

Entonces y ahora y siempre, por que responde a una eterna verdad, el oro es la causa de la inmensa mayoría de los males que han afligido a la humanidad.

El oro en cuanto sirva para llenar las necesidades de la vida no es más que una añadidura, es un accidente, que en tanto debe ser buscado en cuanto satisface una necesidad.

«Buscad primero el reino de Dios y su justicia, nos ha dicho Jesucristo, y lo demás se os dará por añadidura».

Fenelon, el gran Fenelon, llamó una Nochebuena a su casa a tres obreros.

Después de haberles retribuido la jornada hecha, él, que era un gran educador, quiso explicar prácticamente a aquellos buenos hombres el desprendimiento de las cosas terrenas, el desafecto al oro, el menosprecio de las riquezas tan ejemplarmente demostrado por Jesucristo en su humilde y pobrísima nacimiento.

Llamó a los tres obreros y les dijo:

—¡Entrad! Os quiero hacer un regalo. Mas lo habéis de elegir vosotros. Encima de esta mesa tenéis tres monedas de oro y tres libras de edificación espiritual; cada uno de vosotros puede elegir lo que prefiera: o una moneda de oro o un devocionario.

Dos de los obreros tomaron de seguida las monedas de oro diciendo:

—Con ellas, señor Arzobispo, tendremos para comprar leña este invierno que es crudo.

—Bien está, contestó Fenelon.

—Y tú ¿qué eliges? preguntó al tercer obrero:

—Tengo a mi madre anciana y ciega; durante las veladas le leeré alguna página de este librito.

El Obispo se sonrió y dijo:

—Vuelve la primera página.

Volvióla el obrero y encontró tres monedas de oro pegadas en ella.

Miráronse los otros dos obreros

sorprendidos. Fenelon dirigiéndose a ellos les dijo: El alma es antes que el oro. El que busca las cosas que aprovechan al alma, Dios le dá las añadiduras de la tierra; pero quien busca las añadiduras antes que a Dios es un desgraciado que a sí mismo se hace infeliz y si obtiene la amistad de Dios ni suele conseguir los bienes terrenos y si los consigue le sirven para perderse.

No queráis atesorar para la tierra; atesora para el cielo; los tesoros de la tierra están llenos de ansiedades y son los que hacen desgraciados a los hombres: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque ellos serán felices, aquí abajo en cuanto cabe, y allá arriba completamente; desgraciados los que ponen su corazón en los tesoros de la tierra porque aquí abajo y allá arriba padecerán males innumerables.

L. Almarcha.

Impíos por cobardía

—Yo no uso escapulario.

—¿Por qué?

—Porque me parece ridículo usar esos retazos de tela bendecidos.

—Esa cachufeta es necia e impertinente.

—¿Para qué se quiere un escapulario? Un hombre fuerte no debe usar esos signos.

—¡Y sin embargo toda la vida social está llena de signos que son símbolos de algún ideal!

Sino dime: ¿Eras patriota?

—¿Como no, si he sido militar?

Ah, pues ¿qué es la bandera si no un signo, símbolo del amor a la patria? Y mandáis a los soldados que vayan a matarse por ella y la aclamáis y la dedicáis fiestas....

¡Ah, señor! ¿qué significa ese placa que ostentas? ¿Y ese botón que no dejas nunca?

—Son distintivos honoríficos concedidos a los buenos servidores de la patria.

—¿Y no te parece que es ridículo ostentar ese pedazo de metal o ese trapito encarnado que cubre el botón de tu solapa?

—Es que el Estado le ha dado esa significación honorífica y los ciudadanos la hemos aceptado.

—Y sin embargo ¡la Iglesia no puede dar a sus escapularios una sig-

nificación santa y honrosa y los católicos no pueden aceptarla?

—Es que esos distintivos civiles significan un pasado de grandeza.

—¿Y no significan grandeza espiritual y honor consagrado por los siglos esos escapularios que como el del Carmen ha sido el decaroso distintivo de santos insignes, de sabios celeberrimos, de órdenes monásticas esclarecidas, de Pontífices de la Iglesia Universal, de Prelados celosísimos, de misioneros intrépidos y hasta de generales heroicos y soldados bravos que han lucido sobre el pecho con tanto orgullo como tú esa placa e ese botón, el santo escapulario?

Vosotros os afanáis por blasones mundanos y no nos dejáis que nos afanemos por los blasones sagrados que la Iglesia ha aprobado, santificado y recomendado y que el pueblo fiel ama y venera.

No, no digas que no usas escapularios, porque eres hombre fuerte; sí que no los usas porque eres un hombre débil que no se atreve a hacer ostentación de sus creencias.

Desgraciadamente abunda la clase de los hombres que son impíos por cobardía.

A. Hernán.

CASOS Y COSAS

La prensa de la izquierda se ha echado una *plancha* descomunal.

El toque de corneta a las huestes anticlericales lo ha dado el «Heraldo de Madrid», al cual aunque no le quedan suscritores, le quedan sin embargo, ganas de echar las piernas al aire en cuanto se llega por su redacción alguna truhan con alguna historia de aquellas que entusiasman a las gentes del morrion y que ahora hacen boatezar a los mismos nietos de aquellos tragafalles.

La historieta del «Heraldo» ha consistido en presentar a los Jesuitas como herederos de cuarenta y cinco millones de una viuda madrileña.

¡Ahí es nada! ¡Cuarenta y cinco millones a los jesuitas!

Si se los hubiera dejado a los protestantes, ¡ahí entonces tendría pase, mas ¿a los jesuitas?

Y el «Heraldo» y con el «Heraldo»

do», «El Liberal» y otros fariseos de la misma camada, se han rasgado las vestiduras y se han echado ceniza en la frente y a punto ha estado de darles un síncope....

Pero.... la historia no ha tenido más que un defecto y es... que ha sido mentira.

La herencia aparte de algunos legados a los sobrinos y otras atenciones, ha sido destinada por la finada a la fundación de un Orfanato para alojamiento, educación y carrera de *doscientas niñas*.

May laudable habría sido que la herencia fuera destinada a los fines de la Compañía de Jesús.... Ellos tienen —y necesitan mayor número,— colegios para educar jóvenes, hospitales de leprosos, observatorios astronómicos, laboratorios, escuelas industriales; escuelas de primera enseñanza.... ¿Qué de particular hubiera tenido el que un alma generosa impulsara con su dinero esas obras?

Pero no ha sido así; la viuda de Pallares ha destinado su dinero, muy santamente, al amparo de las niñas huérfanas abandonadas por los padres.... que practican las doctrinas de esos periódicos de la izquierda.

¡Dejad, señores anticlericales, en paz a las almas caritativas para que tapen muchas de vuestras vergüenzas y curen muchas de vuestras lacras sociales!

La *honradez* periodística de los falsos informadores se ha demostrado en que a pesar de la rectificación de la noticia, hecha por la misma familia publicando el destino de la herencia, esos periódicos no han rectificado dejando a sus lectores con la píldora antijesuitica dentro.

¿Que les importa a tales periódicos una falsedad más? ¿De que se han alimentado siempre sino de errores y mentiras?

Unos ladrones han entrado furtivamente en los Tesoros de la Iglesia de San Pedro en el Vaticano y han robado varias alhajas por valor de algunos cientos de miles de liras.

Los ladrones fueron capturados por la policía al poner en venta las joyas robadas.

Un policía simuló ser un comprador de alhajas y las ajustó. A la hora de hacer el pago, cuando los ladrones miraban ya con ojos codiciosos los buenos billetes, la fuerza pública apostada les echó el guante y dieron los bandidos con sus huesos en la cárcel.

Mientras miles y miles de italianos entran en la gran Basílica para lucrarse las indulgencias del año santo, ellos, que de las gracias espirituales harían maldito el caso, cometieron la profanación que tanto ha afigido al Santo Padre, al buen pueblo romano y a los católicos de todo el mundo.

Ahora estarán librando en la prisión la tentación mala que les hizo caer en el crimen. Quien sigue al diablo tiene que llorar amargamente, tarde o temprano; quien sigue el camino del bien canta alegre y gozoso como los buenos peregrinos que van a San Pedro a orar ante la tumba de los apóstoles.

Dice «L' Echo de Paris»: «Toda etapa de rabioso pacifismo se ha visto en Francia coronada por una guerra.»

La corona debe ser de espinas.

El periódico parisien demuestra con largas y sólidas razones su afirmación.

El rabioso pacifismo fué preudio de la guerra franco-alemana.

El rabioso pacifismo ha sido ahora preudio de la guerra con Ad-el Krim.

¿Razones de por que el rabioso pacifismo influye en la guerra?

El rabioso pacifismo envaletona al adversario que toma por cobarde al pueblo pacifista.

El rabioso pacifismo enerva al pueblo que se le predica y le hace descuidar su preparación guerrera.

Por lo tanto el pacifismo rabioso hay que combatirlo como una enfermedad mortal de necesidad que ha causado a los pueblos mayores males que los más fieros microbios.

Una estadística oficial publicada en Moscú dice que los presos políticos en los dominios de los soviets no son *nada más* que unos 89.000.

¿Con que *nada más*?

Ni que Rusia fuese un presidio.

Otra noticia del mismo origen dice que continua el hambre haciendo estragos en todo el antiguo imperio, sobre todo en los centros industriales.

Sin embargo los soviets continúan enviando dinero a los centros comunistas europeos y a los revoltosos del Rif.

El caso es que se salven los principios comunistas aunque no quede un ruso para contarla.

LA MADRE

¡La Madre! He aquí un rincón oscuro donde debe haber escondido algo el corazón humano.

Acerquémonos un momento al arcano, pero no debemos pasar del umbral del misterio.

Todo el mundo sabe lo que es una amiga, lo que es una hermana, lo que es una esposa; pero ¿quién sabe lo que es una madre?

Dice un niño: «Yo no tengo abrigo, yo no tengo casa, yo no tengo pan, yo no tengo caricias.» ¿Sabéis lo que quiere decir? Que no tiene madre.

¿Queréis comprender la profunda soledad de un huérfano? Pues eso no se puede conseguir más que siendo huérfano.

Veís dos niños jugar alegres a la puerta de una casa; los dos tropiezan a un tiempo, y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante alrededor de su cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave que le limpia el vestido, una boca impaciente que besa sus mejillas.

Ese tiene madre.

El otro espera en vano: se levanta poco a poco, él mismo sacude con tristeza el polvo de su vestido, y va a confiar a la pared más cercana sus ahogados sollozos.

Este no tiene madre.

El que no sienta humedecerse sus ojos ante ese cuadro, es aún más infeliz que el niño desamparado, porque es señal de que no tiene lágrimas.

Yo no sé cómo las madres que tienen hijos pequeños se pueden morir; y si mueren, no sé cómo no se los llevan en su compañía. ¡Ah! ¡por qué los abandonan!

¡Las madres! Pensadlo bien; ellas son las que cubren de ángeles la tierra.

No sería difícil conocer a los hombres que se han criado sin madre, como se conocen las plantas que no reciben los rayes del sol.

Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa de su inteligencia, de la misma manera ha puesto en el corazón de madre un relámpago de su amor.

El niño se va alejando del cielo en la misma proporción que se va alejando de su madre.

No le pisáis a ninguna madre el bárbaro sacrificio de Guzmán el Bueno. Para ellas no hay más patria que sus hijos.

Las mujeres de Esparta serán eternamente el horror del Universo.

Que un hijo sacrifique a su madre, dejándose matar por su patria, es un heroísmo que está dentro de la naturaleza; pero que una madre arrastre a su hijo a la muerte, es la barbaridad del heroísmo.

¿Queréis saber la diferencia que hay entre el amor del padre y el amor de la madre? Pues fijad vuestra atención en la vida íntima de una familia.

El padre prefiere en su cariño al hijo más hermoso, o al más atrevido, o al más robusto, o al más inteligente, o al más inquieto. La madre al más débil, al más defectuoso, al más enfermo, al menos querido de los demás.

Esa es la madre.

Semejante sentimiento no puede ser humano.

Hay un abismo que el hombre no medirá jamás, y es el amor de la madre.

Hace con él lo que con el cielo: cuenta las estrellas, sorprende el camino de los astros, y fija el rumbo de las cometas; pero el cielo donde todo eso brilla y se mueve es para él insondable; no sabe dónde empieza ni dónde concluye.

El amor de la madre es una inmensidad donde el mismo corazón de la mujer se pierde.

Viene en este momento a mezclarse entre mis reflexiones un extraño contraste, que se dibuja ante mis ojos de esta manera:

El hombre todo lo averigua, todo lo penetra, todo lo descifra. Sabe que dos líneas oblicuas que se juntan en un punto forman un ángulo; sabe que el carbón cristalizado se hace diamante; sabe que el sol tiene man-

chas y que hay otro planeta que posee un anillo; mide las distancias y sondea los abismos; sabe lo que pesa la tierra; anuncia las revoluciones de los astros, y hace las de los pueblos; conoce todos los idiomas, y explica todos los misterios.

No podemos negar nuestro asombro a este cúmulo de inteligencia.

Pues bien: entre el sabio a quien da se le oculta y la madre que todo lo ignora, colocad un niño que no haya aprendido aún más lenguaje que el de sus gritos, el de sus lágrimas y el de sus sonrisas.

Humillante situación para el sabio: ninguna ciencia le ha dicho cómo se puede comprender a un niño que no habla todavía.

Sólo la madre sabe leer en ese corazón lleno de misterios que se ha formado en sus entrañas.

Sólo la madre tiene esa ciencia infusa, que ve de una sola mirada lo más oculto del alma, y que se llama ternura.

Si el hombre no estuviera tan orgulloso de su ciencia, doblaría la cabeza ante tan incomprensible sabiduría.

UBRAS

de

Adolfo Clavaram

Edición completa

recientemente ilustrada

Van publicados 9 tomos,

Saldrán unos 12.

Estas obras impresas en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé, tamaño 8.º prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta en las principales librerías al precio de 175 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de «LA LECTURA POPULAR» Bellot, 3 Orihuela.

No se responde de los paquetes no certificados—A los señores libreros, condiciones especiales.

La Lectura Popular

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción... 4 pesetas mensuales

Media id. . . 3 » »

Un cuarto id. . . 1 » »

Un octavo id. . . 0 50 » »

Dirigir la correspondencia a D. Diego Castaño administrador de LA LECTURA POPULAR Bellot 3, Orihuela (Alicante) puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de La Semana Católica Calle de Zorrilla, duplicado.

Imp. La Lectura Popular. ORIHUELA